
RECENSIONES

DOLBY MÚGICA, María del Carmen, *Mi amistad filosófica con Juan Pegueroles. Un hombre sencillo que amó la Filosofía*. Prólogo de Eudaldo Forment. Ediciones Tantín, Santander 2022, 14x21, 207 pp.

La profesora María del Carmen Dolby realiza una semblanza biográfica e intelectual del jesuita P. Joan Pegueroles Moreno (Ripollet, Barcelona, 1928 - San Cugat del Vallés, 2019). La obra tiene un prólogo, pp. 7-37, del profesor Eudaldo Forment, muchos años catedrático de Metafísica en la Universidad de Barcelona.

El P. Juan Pegueroles vivió la mayor parte de su vida en el Centro Borja de la Compañía de Jesús en San Cugat. Doctor en filosofía, impartió clases de historia de la Filosofía en la entonces Facultad de Filosofía de los jesuitas en San Cugat, después también en Deusto y, finalmente, en la Facultad de Filosofía ya en el marco de la Universidad Ramon Llull de Barcelona. Toda su vida estuvo dedicado al estudio y a la investigación, también a la pastoral. En relación a este último aspecto se refiere el prólogo de D. Eudaldo Forment que recoge el contenido y comenta la experiencia causada en él por los sermones predicados por el P. Pegueroles en sus misas dominicales; el texto de muchos de ellos le fueron entregados por el autor y los tiene archivados.

El P. Juan Pegueroles destaca en su obra por el profundo conocimiento y el aprecio que tenía al pensamiento de san Agustín, autor al que dedicó gran parte de su labor intelectual. El libro recoge en su parte central, pp. 45-136, un estudio de la interpretación que realizó de san Agustín en temas fundamentales de su antropología: la relación entre libertad y felicidad, la vinculación del hombre a Dios. La visión agustiniana de estos puntos impregna toda la obra filosófica de Juan Pegueroles así como la lectura que realizará de otros filósofos en diversos escritos suyos. Por mencionar un detalle, baste citar el uso que hace el autor de la noción de memoria Dei, introducida en la interpretación agustiniana por el P. Lope Cilleruelo, y que es clave para la comprensión del pensamiento de san Agustín en la perspectiva del P. Pegueroles. La obra que presentamos recoge también una serie de testimonios biográficos sobre el autor e incluye un conjunto de fotografías.

Sirvan estas líneas en una revista agustiniana como justo reconocimiento al trabajo de investigación y divulgación del pensamiento de san Agustín, sobre todo de su filosofía, que efectuó a lo largo de toda su vida el jesuita P. Juan Pegueroles. Quien esto escribe se introdujo, en gran medida, en sus años de estudiante en el pensamiento filosófico de san Agustín gracias a la obra, pequeña en tamaño, pero espléndida por su contenido, *El pensamiento filosófico de san Agustín*, publicada por Labor en 1972. Han pasado cincuenta años, pero el libro sigue siendo de referencia para introducirse en la filosofía de san Agustín. Después el autor publicaría en 1985: *San Agustín. Un platonismo cristiano*. Además de sus libros escribió

numerosos artículos monográficos sobre diferentes aspectos del pensamiento agustiniano; la autora recoge en las páginas 187-197 toda la bibliografía del P. Pegueroles, con un epígrafe particular dedicado a la bibliografía agustiniana, pp. 187-190. Desde un primer artículo en 1954, son más de cincuenta los trabajos, la mayoría publicados en *Espíritu* y en *Pensamiento*, tres de ellos en esta revista *Estudio Agustiniano*, dedicados al estudio de san Agustín.

Agradecemos a la profesora Dolby Múgica, –autora también de varios estudios sobre la filosofía agustiniana–, la semblanza del que fue su maestro y amigo, el P. Juan Pegueroles; maestro y amigo, sin duda también, de todos aquellos que deseen conocer en profundidad la filosofía de san Agustín.

FERNANDO JOVEN ÁLVAREZ, OSA

LANDAU, Iddo, (ed.), *The Oxford Handbook of Meaning in Life*. Oxford University Press, New York 2022, 25,5 x 18, 530 pp.

El sentido de la vida es un tema de interés universal y tiene raíces en los movimientos espirituales y religiosos de casi todas las culturas. Además, el sentido de la vida está relacionado con otros temas, como la vocación del ser humano, nuestra relación con lo que es más grande o cómo nos enfrentamos al sufrimiento y a la muerte. Sin embargo, solo en los últimos 60 años el tema del sentido ha recibido atención particular por parte de la filosofía analítica, y en la actualidad se ha convertido en un campo fecundo de investigación. Prueba de ello es este manual que presentamos, pues no solamente nos ofrece las investigaciones y los debates de los diferentes temas conducidos por personas competentes en la materia sino que se abre a futuras indagaciones.

El editor, Iddo Landau, anuncia que el tema del sentido en la vida va a tener un gran desarrollo dentro de la filosofía analítica, pues algunos temas de interés no han sido todavía explorados y porque los cambios tecnológicos y medioambientales ofrecen nuevas oportunidades para mejorar el sentido, así como amenazas serias para mantenerlo, lo cual nos obliga a pensar con mucha más insistencia sobre ello.

El sentido de la vida o la ausencia del sentido recibió mucha atención en el movimiento romántico, y con la filosofía existencialista se convirtió en un tema recurrente en las obras literarias. Tal vez, esa atención en el romanticismo y la filosofía existencialista disuadió a los filósofos analíticos de esclarecer esos asuntos, pues asociaban el sentido de la vida a una metodología filosófica de la que querían distanciarse. Esto es desafortunado, porque el sentido en la vida, como el amor,

la justicia, la verdad, la muerte y la mayoría de los temas filosóficos pueden ser estudiados tanto por la filosofía analítica como por cualquier otra filosofía.

Hay que distinguir entre sentido de la vida y sentido en la vida; en el pasado se hablaba más de sentido de la vida, pero hoy en día se va poco a poco imponiendo la formulación sentido en la vida, como aparece en nuestro manual. Una de las diferencias es que el sentido de la vida se refiere a la vida en general y tiene una dimensión universal y cósmica, en cambio, sentido en la vida se refiere al sentido de la vida de las personas individuales. No quiere decir que no estemos interesados por el sentido de la vida en general, pero lo que realmente nos preocupa es que nuestra vida concreta tenga sentido. Otra diferencia es que sentido de la vida es el propósito por el que existe la persona creada por Dios, es decir, la vida humana es resultado de la acción creadora de Dios y, por eso, tiene el sentido dado por el creador. El sentido en la vida es el propósito por el cual una persona realiza las diferentes tareas, todas ellas tienen alguna intención.

Los no teístas rechazan la expresión sentido de la vida pues no aceptan que los seres humanos sean creados por Dios con una finalidad. Pero, precisamente por eso, distinguen entre el sentido de la vida y el sentido en la vida, ya que es posible tener el último sin el anterior. En otras palabras, los no teístas creen que es posible actuar con propósitos que den sentido a sus vidas particulares, pero niegan que haya una finalidad o un propósito dado por el creador. De todos modos, hemos de decir, que algunos autores prefieren seguir usando sentido de la vida para ambos conceptos, como era común antes, o usar otros términos. Dado que la mayoría de los estudios de este volumen se refieren al sentido de las vidas individuales, se usa el sentido en la vida para ambos, como aparece en el título.

Es posible que también algunos filósofos analíticos no hayan debatido sobre el sentido en la vida como una noción por sí misma porque echaban de menos la distinción entre sentido en la vida de la vida feliz, el bienestar o la vida excelente. La distinción es importante, pues muchos estarían de acuerdo, por ejemplo, en que algunos de los presos del campo de concentración de los que habla Victor Frankl conservaran el sentido de la vida a pesar de los sufrimientos que experimentaron, aunque no tuvieran vidas felices, ni de bienestar. Desde esta distinción es posible que algunos autores puedan haberse sentido satisfechos pensando sobre la vida feliz o la vida excelente sin darse cuenta que el sentido en la vida es un término distinto por sí mismo. Además, tenemos que reconocer que algunas discusiones filosóficas sobre el sentido en la vida tratan cuestiones que pueden causar malestar psicológico, tales como si la vida puede tener sentido al enfrentarnos a nuestra eventual muerte y aniquilación, si nuestra pequeñez en comparación con el cosmos deja a nuestras vidas sin sentido, cuál podría ser el fin de nuestras vidas, y si las hemos malgastado. Todos estos factores pueden haber lle-

vado a algunas personas a preferir otros temas, contribuyendo, de este modo, a la aparición tardía del sentido en la vida como un tema de investigación para la filosofía analítica.

El volumen que presentamos nos ofrece 32 capítulos conducidos por 35 especialistas sobre una variedad de temas sobre el sentido en la vida. La primera parte del libro se centra en la comprensión o conceptualización del sentido en la vida y comprende los seis primeros capítulos. En el capítulo primero, Thaddeus Metz, nos habla del concepto del sentido de la vida centrado en las vidas individuales y las acciones intencionales de las personas. El autor presenta algunos desafíos a esta visión. Uno de ellos es que algunos animales también podrían tener vidas con sentido, por lo que habría que revisar, de algún modo, la visión estándar. Otro desafío es que no solo las vidas individuales sino también las organizaciones, comunidades o la raza humana en general, pueden tener también una existencia con sentido. Metz acepta la sugerencia de que el sentido de la vida de cada día debía diferenciarse del gran sentido. Esta apreciación es relevante para el debate entre naturalismo-sobrenaturalismo, dado que muchos sobrenaturalistas sostienen que la dimensión espiritual es necesaria para obtener el gran sentido en la vida.

En el capítulo sexto Steven Luper se refiere al sentido de la vida y la muerte. Luper comienza clarificando la relación entre sentido y bienestar. Examina el punto de vista de que el sentido y el bienestar son similares y argumenta que, sin embargo, son diferentes. La distinción tiene que ver, en parte, con el triunfalismo; Luper sostiene que la gente alcanza metas para las que libremente dedican sus vidas. Este relato concuerda con la disposición de muchas personas a renunciar a algunos elementos de su bienestar (como la felicidad, la amistad) para conseguir logros a los que dedicar sus vidas. Esto también explica por qué los animales comúnmente no viven vidas que tengan sentido; ya que no consagran sus vidas a una meta. Lupper muestra además como su relato se refiere a otras nociones, a menudo asociadas con el sentido, tales como propósito, dirección, identidad y dedicación. La caracterización de Luper le conduce a sostener que lo que da a la vida un sentido positivo da a la muerte un sentido negativo. Lo contrario es también cierto: lo que da a la vida un sentido negativo da a la muerte un sentido positivo. Por lo que la muerte no tiene por qué socavar el sentido. Luper argumenta que si continuar viviendo disminuye el sentido en la vida –cuando la vida tiene un sentido negativo, la muerte tiene un sentido positivo–, la gente tiene una razón para no seguir viviendo. Esto implica que el suicidio tampoco tiene por qué disminuir el sentido de la vida, y no implica que la vida anterior al suicidio no haya tenido sentido.

La segunda parte presenta puntos de vista opuestos sobre si la neurociencia arroja luz sobre el sentido de la vida, pregunta si el determinismo debe dejar la

vida sin sentido, y explora la relación entre el tiempo, la identidad personal y el sentido en la vida. La tercera parte considera el sentido de la vida desde las perspectivas atea y teísta y, examina la relación entre el sentido, el misticismo y la trascendencia. En el capítulo 12 John Cottingham distingue, por un lado, las perspectivas trascendentalistas, según las cuales el sentido satisfactorio no se puede encontrar solamente en las esferas humana y naturalista, sino que el anhelo de la trascendencia es parte del ser humano y, por otro lado, las perspectivas imanentistas, según las cuales el sentido deseable solamente se puede encontrar en las esferas humana y naturalista. Cottingham insiste en que la vida no puede tener un sentido completo y pleno si no se atiende a ese anhelo de trascendencia, pues muchas manifestaciones de nuestra limitación e imperfección elevan el deseo de plenitud. Cottingham concluye que las vidas humanas no pueden tener un sentido satisfactorio si se limitan a la esfera inmanente y no reconocen ni abordan el ansia de trascendencia.

En el capítulo 13 Eric J. Wielenberg argumenta que la vida puede tener sentido sin la existencia de Dios y sin que haya vida después de la muerte. Wielenberg señala algunas características que darían sentido a la vida: el amor, la reducción del sufrimiento innecesario en el mundo, la mejora de la armonía personal psicológica, la armonía social, la respuesta al propio sufrimiento con coraje y dignidad y orientar la propia racionalidad hacia condiciones fundamentales de la experiencia humana. Wielenberg acepta que la religiosidad contribuye al sentido pero, según él, es consecuencia de que muchas religiones alientan al sentido comunitario, y es precisamente esto último lo que da sentido a la vida. Sin embargo, acepta la afirmación de que la vida tendría más sentido si Dios y la vida futura existieran. Por lo que las tesis de Wielenberg y de Mawson (capítulo 14) no están en conflicto.

En el capítulo 14° T. J. Mawson defiende que si Dios y la vida futura (tal como se entienden en las tradiciones monoteístas) existen, la vida humana tiene más sentido que si Dios y la vida futura no existieran, pues nuestras vidas tendrían únicamente un sentido finito. Mawson argumenta que si el sentido se comprende subjetivamente, entonces bajo el ateísmo la vida tiene un sentido temporal, mientras que desde el teísmo la vida tiene un sentido eterno, el mismo sentido que tiene para Dios. Si el sentido es comprendido objetivamente, si Dios y la vida futura existen, entonces la vida de la gente tiene un valor infinito, pero, si Dios y la vida futura no existen, la vida tiene un valor limitado. Mawson rebate el argumento de Guy Kahane de que nuestras vidas tienen más sentido dentro del ateísmo pues implica que los seres humanos son los seres más valiosos en el universo, mientras que dentro del teísmo nuestro valor sería insignificante en comparación con Dios. Si bien es cierto que los seres humanos no tienen mucho valor comparados con Dios, tenemos mucho más valor si nos medimos con las otras

especies biológicas, y tenemos razones para pensar que los seres humanos debían compararse más con estas últimas que con Dios.

La cuarta parte se refiere a la ética y al sentido de la vida. En el capítulo 16 Todd May examina diferentes aspectos de la relación entre el sentido y la moralidad. Dado que la moralidad subjetiva le parece implausible se fija en la relación entre la moralidad objetiva y el sentido ya sea subjetivo u objetivo. Trabajando sobre estas nociones, argumenta que la relación entre el sentido subjetivo y la moralidad objetiva es arbitrario. Sin embargo, la relación entre la moralidad subjetiva y el sentido objetivo no es arbitraria. (May también distingue entre las relaciones vividas y las relaciones teóricas). May se muestra crítico con algunos de los puntos de vista de Susan Wolf sobre el asunto y afirma que cuando se discute la distinción entre la moralidad y el sentido de la vida, Wolf comprende la moralidad como un conjunto de obligaciones impersonales hacia los otros, pero según el enfoque de la ética de virtudes la moralidad y el sentido se aproximarían. El relato sobre el sentido de May (que no se presenta como algo exhaustivo de lo que da sentido a la vida) se enfoca en lo que llama valor narrativo, un valor positivo que puede verse como tema de un segmento suficientemente amplio de la vida de una persona, tales como el espíritu aventurero, la espiritualidad o la lealtad. El valor narrativo y la moralidad no entran necesariamente en conflicto, pero el primero no está siempre en el reino de la moralidad permisible y, en algunos casos, hay tensiones entre los dos. May presenta ejemplos que muestran que la relación entre la moralidad y el valor narrativo en una vida viene determinado no solo por el valor, sino también por el contexto y por las características de esa vida.

El capítulo 18 se refiere al perdón y al sentido de la vida. Lucy Allais distingue dos tipos fundamentales de perdón. El primero es el perdón condicional, que requiere que los que actúan mal adquieran el perdón por acciones que muestran que lo merecen, tales como disculparse, enmendarse y demostrar que han cambiado. El segundo, el perdón incondicional (el perdón gratuito) que se puede conceder independientemente de tales acciones. Allais ve ambos, y especialmente el último, relevantes para el sentido de la vida de varias maneras. El perdón permite a la gente mantener relaciones de amistad y de amor, que son muy importantes para el sentido de la vida, sin abandonar lo que consideran que sea valioso. Además, el perdón influye en la distinción entre el sentido objetivo y subjetivo en la vida, ambos requieren el crecimiento objetivo moral y ciertas acciones, como también los cambios subjetivos que tienen que ver con culpar y cuidar. El perdón entronca también con visiones no perfeccionistas del sentido en la vida, dado que está basado en aceptar que las buenas acciones pueden ir dirigidas a personas con defectos. Especialmente el perdón gratuito, que va más allá de que los que hacen el mal demuestren que lo merecen, ya que es practicado en confianza y esperanza, viendo a las personas en proceso de crecimiento abiertas al cambio, en contraste

con el camino cerrado donde se ven las cosas con desesperación y se observa la vida como un sin sentido.

El capítulo 20 se refiere a la naturaleza, los animales y al sentido de la vida. Katie McShane argumenta que el mundo natural (especialmente el de los animales) puede ser una fuente importante de sentido en la vida humana y, segundo, que el sentido de la vida no se restringe solo a la vida humana: los animales sociales, cognitivamente sofisticados y emocionalmente complejos, llevan vidas que, según muchas teorías deberían considerarse como significativas. McShane es consciente que algunas teorías se pueden interpretar como que los animales no tienen vidas con sentido. Sin embargo, considera, que siguiendo esos mismos estándares estrictos, se podría incluso excluir a muchas vidas humanas. McShane afirma también que muchas discusiones sobre el sentido de la vida están demasiado centradas en los seres humanos. Distingue, por una parte, llevar una vida con sentido y, por otro lado, ser consciente de que se vive una vida con sentido. Acepta que los animales no tienen conciencia de vivir una vida con sentido, pero sostiene que si la vida tiene sentido esta conciencia es innecesaria. McShane examina también diferentes teorías subjetivistas, objetivistas o híbridas del sentido en la vida, especificando las que son consistentes con la visión de que algunos animales tienen también vidas con sentido y otras que no. Demanda una comprensión pluralística de las fuentes y formas de sentido en la vida. No solo los grandes logros, tales como crear una obra de arte excelente o hacer grandes descubrimientos científicos, sino también actividades mucho más mundanas tales como cuidar niños o contemplar la llegada de la primavera pueden dar sentido a la vida. Este enfoque más plural del sentido de la vida es tanto más plausible en sí mismo como más apropiado para concebir las vidas con sentido de algunos animales.

La parte quinta compara la investigación filosófica y la psicológica sobre el sentido en la vida. En el capítulo 21 Antti Kauppinen presenta las cuestiones sobre la existencia y la naturaleza del sentido objetivo en la vida. Kauppinen se basa en las discusiones filosóficas pero sobre todo psicológicas y enfoca las tres dimensiones comunes de la experiencia de sentido en la vida –dar sentido, propósito y significado– y las analiza para especificar los aspectos pertinentes para experimentar sentido. Entre otros puntos, Kauppinen relaciona dar sentido con lo que llama justificación narrativa, la cual tiene que ver no solamente con la explicación que uno hace, sino también con justificarlo. Kauppinen anota que uno puede encontrar la vida inteligible mientras siente que no tiene sentido y sugiere que el problema relevante de encontrar una vida con sentido es si las propias actividades contribuyen a algo que merezca la pena. La dimensión de la experiencia de tener sentido es lo opuesto a la desorientación, que puede ocurrir después de los mayores cambios culturales. La finalidad tiene mucho que ver con el optimismo y la búsqueda de objetivos valiosos por sí mismos. Así pues, la determinación también

debe referirse a los propios valores. El significado se refiere a las experiencias de plenitud y orgullo, a la importancia y la eficacia en el mundo, y al propósito de contribuir deliberadamente al valor que uno toma por ser final, objetivo y más allá de uno mismo. Estas experiencias pueden estar unidas la una a la otra, por ejemplo, uno puede motivar la búsqueda de metas, que marcarán una diferencia en el mundo. Kauppinen sostiene que, de algún modo, es la experiencia de significado la más básica para experimentar sentido, pero que, de otro modo, es la experiencia de dar sentido la que sostiene esta posición.

Finalmente, la parte sexta profundiza en el sentido en la vida y en temas como el suicidio, el sufrimiento, la educación, el optimismo y el pesimismo. Quiero reseñar el capítulo 28 en el que Michael Cholbi habla de la racionalidad del suicidio y el sentido de la vida. Cholbi distingue entre las discusiones filosóficas y las empírico-psicológicas del suicidio y del sentido en la vida. Afirma que las discusiones empírico-psicológicas sufren todavía el desorden conceptual y tienden a localizarse en lo que motiva psicológicamente al suicidio en vez de lo que lo justifica filosóficamente. Nuestro autor se centra en los presupuestos filosóficos y examina las razones que harían racional un suicidio. Las razones para desprenderse de la propia vida tienen que ver con la ausencia del sentido actual o anticipado, pues la gente no encuentra sentido en vivir su futuro anticipado. Cholbi distingue, sin embargo, entre razones racionales y morales para el suicidio, centrándose en las primeras pero anotando que las últimas no podrían sostenerse incluso aunque lo fueran las primeras. Además, resalta las dificultades en aplicar los principios generales para decidirse por el suicidio en casos específicos. También deja claro que hay problemas que abocan a tales decisiones, como la depresión y otros condicionamientos psicológicos, así como la dificultad en estimar el valor de varias metas y la probabilidad de obtener el éxito en el futuro.

En el capítulo 29 Michael S. Brady estudia el sufrimiento y el sentido en la vida. Entiende el sufrimiento como la experiencia de malestar físico o psicológico que uno desea que termine pues, a menudo, socava el sentido de la vida. Lo hace dañando, entre otras cosas, la autonomía de la gente, las relaciones personales, el respeto a uno mismo y la salud psicológica. El sufrimiento también, a menudo, restringe el crecimiento de lo que añade sentido en la vida, tal como la reflexión intelectual, el logro moral y la creación artística. Aunque hay que decir también que Brady señala modos en los que el sufrimiento puede mejorar o que es incluso necesario para el sentido. Para Nietzsche el sufrimiento permite a la gente (que tiene una actitud recta) superarlo y, así desarrollar la fuerza psicológica, que es un componente de las vidas con sentido. El pensamiento religioso también ha desarrollado las posibilidades que puede ofrecer el sufrimiento para la vida. Bradley argumenta desde perspectivas seculares y agnósticas, pero también desde esta posición el sufrimiento no solamente puede socavar sino que, bajo algunas condi-

ciones, puede mejorar el sentido en la vida. Los logros son fundamentales para el sentido de la vida. Y esto no solamente es verdadero para los logros conseguidos por personas excepcionales, sino que todo logro exige un esfuerzo y, por lo tanto, un sacrificio. Las dificultades son necesarias para el logro, y los apuros, a menudo, están relacionados con el sufrimiento. Por lo que Bradley defiende que superar el sufrimiento es, en muchos casos, central para el logro y el sentido en la vida.

Damos pues la bienvenida a este manual pues no solamente ofrece un panorama muy abierto de temas relacionados con el sentido en la vida sino que abre la puerta a futuras investigaciones. Cada capítulo ofrece nuevas perspectivas de investigación, y además se debaten algunos temas que nunca habían sido tratados antes en relación con el sentido de la vida. Creemos además que muchas de las cuestiones pueden contribuir a un diálogo inspirador entre la filosofía de la religión y la teología fundamental.

JAVIER ANTOLÍN SÁNCHEZ OSA